

no se hubiese realizado, ó se negase Felipe á consentir en ella, el rey de Francia se obligaría, no solo á retirar sus tropas de España, sino á reunirse con los aliados para arrancar á Felipe este consentimiento (1). Fijáronse además otras condiciones respecto al Imperio, á Holanda y á Inglaterra. Al leer tan ignominiosas y altivas proposiciones sublevó el espíritu del anciano monarca francés, y pareciendo revivir en él su antiguo aliento declaró solemnemente, que en la dura y cruel alternativa en que se le ponía de pelear contra sus propios hijos ó luchar contra extraños, no podía haber para él duda ni vacilación; y apelando al valor y á la lealtad de su pueblo contra el orgullo y la insolencia de sus enemigos: «Es repugnante, decía, á los ojos de la humanidad, el hecho solo de suponer que podrán todas las fuerzas humanas hacerme consentir en cláusula tan monstruosa. Aunque no sea menos vivo el amor que me inspiran mis pueblos que el que profeso á mis propios hijos; aunque tenga que sufrir todos los males que la guerra ocasione á súbditos tan fieles; aunque yo haya mostrado á toda Europa mis deseos de darles la paz, cierto estoy de que ellos mismos se negarían á recibir esta paz con condiciones tan contrarias á la justicia y al lustre del nombre francés.»

Y Felipe V decía á su vez á los españoles: «No contentos los aliados con hacer alarde de sus exigencias desmedidas, se atrevieron á poner como artículo fundamental que el rey mi abuelo hubiera de reunir sus fuerzas á las de ellos á fin de obligarme por fuerza á salir de España, si en el término de dos meses no lo verificaba yo voluntariamente; exigencia escandalosa y temeraria, y sin embargo la única en que demostraron hasta cierto punto que conocían y estimaban mi constancia, toda vez que ni con el auxilio de tan vasto poder se prometían un triunfo seguro.» Y añadía: «Si tales son mis pecados que hayan de privarnos del amparo divino, por lo menos lucharé al lado de mis amados españoles hasta derramar la última gota de sangre, con que quiero dejar teñido este suelo de España tan querido para mí. Feliz si calmándose la cólera del cielo con el sacrificio de mi vida, los príncipes mis hijos, nacidos en los brazos de mis fieles súbditos, se sientan un día en el trono en medio de la paz y pública felicidad, y si al exhalar el último suspiro puedo envanecerme de haber embotado los filos de la fortuna contraria, de modo que mis hijos, con quienes ha querido Dios consolidar mi monarquía, logren por último coger los sazonados frutos de la paz...»

Los manifestos de ambos monarcas produjeron igual efecto en cada uno de sus pueblos. La juventud española se apresuró á alistarse y á tomar las armas: la nobleza hizo cuantiosos donativos, ya en plata labrada, ya en dinero: los obispos, las iglesias catedrales, el clero en general ofreció sus tesoros, y ayudó con sus exhortaciones á combatir á un príncipe sostenido por herejes y protestantes. Por primera vez en este reinado se confió el mando del ejército á un español, el conde de Aguilar, conocido y acreditado entre sus compatriotas por su valor y experiencia militar. Mas como quiera que todos estos esfuerzos no se consideraran suficientes para resistir la España sola al choque que la amenazaba, á instancias y ruegos de la reina, que se hallaba próxima á ser otra vez madre, accedió Luis XIV, no obstante la penuria y los apuros de su propio reino, á dejar en España treinta y cinco batallones franceses solo por el tiempo que necesitara Felipe para reunir ó organizar un ejército nacional, y haciéndole entender que si España no hacía un esfuerzo extraordinario para defenderse á sí misma contra los aliados, no le sería posible conservar en el trono á su familia. Por fortuna no fué ahora en España, sino en otras partes, como veremos luego, donde las potencias confederadas hicieron caer el peso principal de la guerra.

Con no menos ardor y decisión respondió la Francia á la voz y al llamamiento de su venerable soberano. Lo extraordinario de los esfuerzos correspondió á las necesidades y á los apuros en que el reino se hallaba. Luis envió su vajilla á la casa de moneda; los príncipes y la mayor parte de las personas ó pudientes ó acomodadas hicieron lo mismo; el pueblo se prestó á todo. Las conferencias de la Haya terminaron como

(1) Artículos 4 y 37 de los preliminares.—Macanaz, Memorias, capítulo 155.

era de esperar, sin resultado, y la Francia puso todavía en pie cinco ejércitos para esta campaña. Se pensó que los mandaran los príncipes, pero se renunció á esta idea por los grandes gastos que su presencia ocasionaba y exigía; y así se dió el mando del de Flandes al mariscal de Villars, al de Harcourt el del que había de operar en el Rhin, al duque de Berwick el del Delfinado, el del Rosellon al duque de Noailles, y el de Cataluña al mariscal de Bezons. Los aliados tenían también otros cinco ejércitos: el de los Países Bajos, que mandaban el príncipe Eugenio y el duque de Malborough; el del Rhin dirigido por el duque de Hannover; el del Piamonte por el conde de Thaurin; el de España, que había de mandar el conde de Aremburg, y además el de Portugal. Unos y otros querían reunir fuerzas enormes en los Países Bajos; los aliados se propusieron aglomerar allí hasta ciento ochenta y tres batallones y trescientos quince escuadrones. Luis XIV aspiraba á reunir ciento cincuenta batallones y doscientos veinte escuadrones. Ni unos ni otros pudieron completar al pronto tan extraordinario número de combatientes, pero después uno y otro ejército sobrepasó esta cifra.

DUCADOS DE BRABANTE Y LIMBURGO



FELIPE V

No nos corresponde el relato minucioso de las operaciones y movimientos de aquellas formidables masas de guerreros, que en la célebre campaña de 1709 ventilaban con las armas en los campos y ciudades de los Países Bajos la cuestión de la sucesión española á nombre de casi todas las potencias de Europa. Inauditos esfuerzos tuvo que hacer la Francia para el abastecimiento y manutención de tanta gente en país dominado por el enemigo. Grande fué también, y era en verdad bien necesaria, la actividad y consumada inteligencia del mariscal de Villars para defenderse y preservar el territorio francés contra tan superiores fuerzas como eran las contrarias, mandadas por habilísimos jefes acostumbrados á triunfar. Así, aunque reforzado con veinte escuadrones del ejército del Rhin, con los cuales juntaba un total de ciento veintiocho batallones y doscientos sesenta y ocho escuadrones, no pudo evitar que la plaza de Tournay, sitiada por Malborough, se rindiera por capitulación al cabo de un mes (29 de julio, 1709), y que al cabo de otro mes se entregara también la ciudadela (1.º de setiembre), donde se había refugiado el valiente Surville con la guarnición (2).

Dióse después y á poco tiempo (11 de setiembre) la famosa batalla de *Malplaquet*, ó de Taisnières, cerca de Mons, una de las mayores, mas sangrientas y mas singulares que se habían dado hacia mas de un siglo, por el número de los combatientes, por la obstinación en el ataque y en la defensa y por la mucha sangre que se derramó. Perdieron los franceses esta famosa batalla, quedando muertos en ella cinco oficiales generales y otros ocho heridos (3), si bien la pérdida numérica de hombres y de banderas fué mayor la de los aliados, aunque estos quedaron dueños del campo (4). «Causame, señor, gran

(2) Memorias militares relativas á la sucesión de España. Piezas relativas á la campaña de Flandes, p. 342.—Macanaz, Memorias, cap. 155.

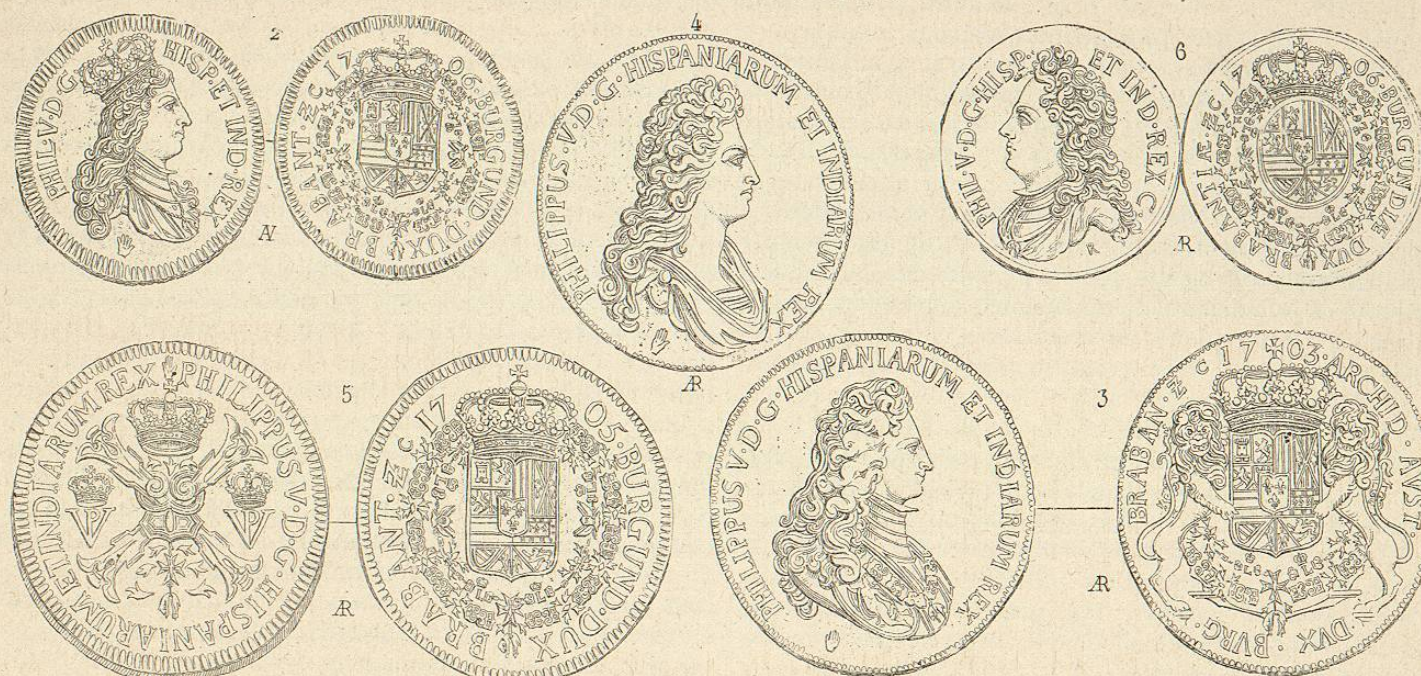
(3) Los muertos fueron: el mariscal de Chemerault, el barón de Palavicini, el conde de Beuil, el caballero de Croy, y de Steckemburg. Los heridos: el mariscal de Villars, general en jefe, el duque de Guiche, D'Albergotti, De Courcillon, el conde de Augennes, el duque de Saint-Aignan, y el marqués de Nesle.

(4) Tenemos á la vista la relación que publicaron los franceses de

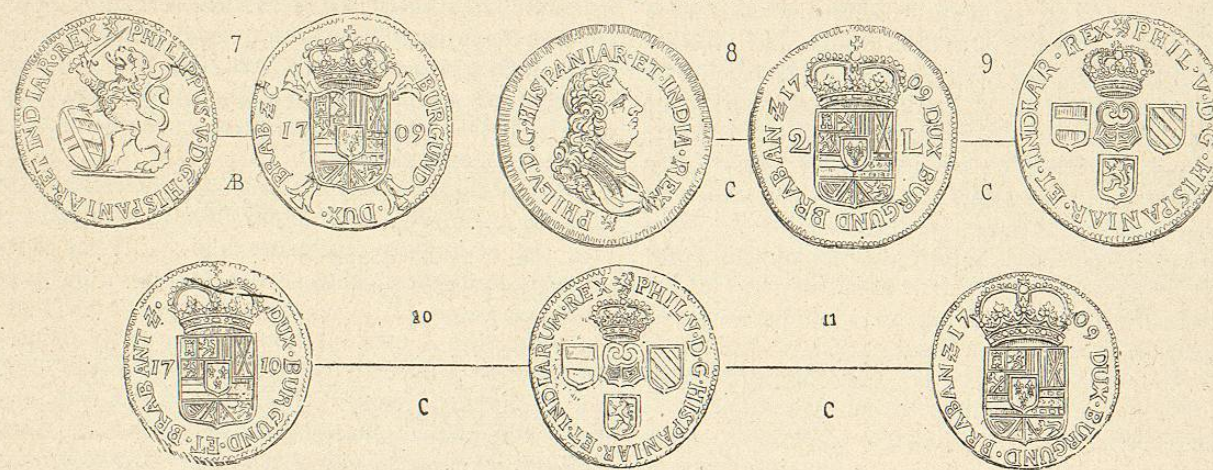
pena (decía el mariscal de Boufflers á Luis XIV desde el campo de Quesnoy), que el haber sido hoy gravemente herido el mariscal de Villars me ponga en el caso de ser yo quien os anuncie la pérdida de una nueva batalla: pero puedo asegurar á V. M. que jamás infortunio alguno ha sido acompañado de mas gloria; todas las tropas de V. M. la han alcanzado grande por su distinguido valor, por su firmeza, por su constancia, no habiendo cedido sino á la superioridad del número, y habiendo hecho todas ellas maravillas de valor.» Y así era la verdad, según confesión de los mismos aliados (1).

A la victoria de los confederados en Malplaquet, después de varios movimientos de ambos ejércitos, siguió el sitio y la toma de la fuertísima plaza de Mons, que se rindió por capitulación (20 de octubre, 1709), sin que bastara á evitarlo el haberse reunido al ejército francés de Flandes el mariscal duque de Berwick (2). Con lo cual terminó la campaña de 1709 en los Países Bajos, retirándose unas y otras tropas á cuarteles de invierno, y volviéndose los generales de uno y otro ejército á las capitales de sus respectivas provincias. «Así terminó, dice un ilustrado escritor francés, una campaña comen-

DUCADOS DE BRABANTE Y LIMBURGO



CONDADO DE NAMVR



FELIPE V

zada en las circunstancias mas espantosas para la Francia, y las mas embarazosas para el general encargado de la defensa

de sus fronteras. Sin tropas, sin medios, ante un ejército superior y acostumbrado á vencer, el mariscal de Villars encontró en su genio y en su actividad medios para formar un

esta batalla, y la que publicaron los aliados; aunque ambas convienen en el fondo, varían notablemente en cuanto á las pérdidas de una parte y otra. Infiérense no obstante dos cosas del cotejo de ambas relaciones: la una, que la pérdida de los aliados no bajó por lo menos de veinte mil hombres; la otra que no llegó á tanto la de los franceses y españoles. Por lo demás la publicada en Francia dice, por ejemplo: «Nosotros les cogimos treinta banderas y estandartes; ellos no pudieron tomar sino nueve de los nuestros.» Y la de los aliados dice: «Nosotros les tomamos catorce piezas de cañón y sobre veinticinco estandartes.» Así de otras circunstancias: achaque muy común en las relaciones de batallas de todos los tiempos.

(1) Las tropas de los aliados celebraron en España el triunfo de Malplaquet con salvas y otras demostraciones de regocijo.

(2) Y en cuanto á lo que V. S. me insinúa (le decía el príncipe Landgrave de Hesse al conde de Sierra Nevada desde Balaguer) del estruendo de artillería que ha oído, puedo decirle no sería de este campo, si bien hoy se dispara con la fusilería en salva real, para celebrar la feliz victoria que han conseguido los aliados en una batalla de Flandes, habida sobre el campo y llanura de San Ginis, cuya alegre noticia doy á V. S. parecién-

dome la festejará en el corazón...» Carta original del príncipe desde Balaguer á 3 de octubre de 1706, al conde don Francisco Moner.

Este don Francisco de Moner y de Misset fué uno de los nobles catalanes que siguieron de buena fe las banderas del archiduque, y le hizo importantes servicios desde el sitio de Barcelona de 1706 hasta la conclusión de la guerra, en remuneración de los cuales el archiduque Carlos le dió el título de conde de Sierra Nevada, le hizo sargento mayor de infantería, le encargó después la asistencia inmediata de la archiducado en su salida para Alemania, y mas adelante le hizo gobernador del condado de Pallás.

Su cuarto nieto, don Joaquín Manuel de Moner nos ha hecho la fineza de confiarnos muchos documentos originales que conserva de su ilustre progenitor que contienen una parte de su correspondencia con los principales jefes del archiduque, y con el mismo Carlos, y algunos de los cuales se refieren á las operaciones militares de la guerra de Cataluña en que él tuvo una parte importante.

(2) Los artículos de esta capitulación se hallan en la pág. 395 del tomo IX de las Memorias militares sobre la sucesión de España.

ejército que no existía, y recursos al través de la general miseria. Su golpe de vista le hizo escoger una posición que los enemigos respetaron y que salvó el reino: su firmeza y su valor reanimaron el de las tropas, abatido por las desgracias y por la falta de todo. En fin, aunque obligado á ceder á la superioridad de los enemigos, supo contener los progresos de sus triunfos y la ejecución de sus vastos proyectos, cerrándoles la entrada del reino, y reduciéndolos á la conquista de dos plazas que no pertenecían á la Francia.»

Si digna de elogio había sido la conducta del mariscal de Villars en la campaña de Flandes, no fué menos digna de admiración la del duque de Berwick en el Delfinado y fronteras de Italia. Trabajos sin cuento tuvo que sufrir, y dificultades sin número que vencer para guardar aquellas fronteras con un ejército desprovisto de todo, sin dinero, sin mantenimientos, sin recursos de ninguna especie, faltándole al soldado la paga, el pan, el preciso é indispensable sustento, acabándose hasta la avena de que se alimentaba en el lugar y á falta de trigo, sublevándose las provincias de donde se intentaba sacar algunos mantenimientos, indisciplinándose y desertándose las tropas, imposibilitado el gobierno francés de proporcionar subsistencias, y ofreciendo todo un cuadro desconsolador y espantoso. Y esto delante de un enemigo superior en fuerzas, con recursos y provisiones en abundancia, y á quien el último acomodamiento con el pontífice dejaba en completo desahogo para dominar el país y obrar con entera libertad; que tal era la ventajosa situación del duque de Saboya y de los generales del imperio. Y sin embargo condújose el de Berwick con tanta constancia, habilidad y pericia, y los enemigos con tal inacción ó torpeza, que las fronteras de Francia se preservaron, contuviéronse los imperiales del otro lado del Ródano, y al aproximarse el invierno se retiraron á cuarteles en Milan, Mantua, Parma y Plasencia, mientras las tropas francesas quedaban cubriendo la Saboya, el Delfinado, la Provenza y el Franco-Condado (1).

Con iguales, y si es posible, con mayores escaseces, dificultades y apuros tuvo que luchar en la Alsacia y en el Rhin el general francés del ejército de Alemania duque de Harcourt. Sin paga ni alimento oficiales y soldados, muchas veces estuvo todo el ejército á punto de desbandarse. Aflige leer la triste pintura que el de Harcourt hacía á cada paso á la corte de Francia, del estado lastimoso de sus desnudas y hambrientas tropas, el ahinco y la urgencia con que pedía y reclamaba algunos recursos, y las respuestas desconsoladas de la corte manifestando la imposibilidad de proveerle de remedio, porque todas las provincias de Francia se hallaban en el mismo estado de miseria, de penuria y de ahogo. Y no obstante esta situación angustiosa, y al parecer insostenible, y con haber tenido que desmembrar una parte de aquel ejército para socorrer al de Flandes, como dijimos en su lugar, todavía el mariscal francés sostuvo ante un enemigo poderoso y superior las famosas líneas de Lauter; todavía supo triunfar de él en Rumsheim; todavía supo contener á los imperiales, aun con el refuerzo del duque de Hannover, y la campaña de Alemania fué aun mas desfavorable que la de Italia á los confederados (2). Raya ciertamente en lo prodigioso la manera como los generales franceses de los tres ejércitos, de Flandes, Italia y Alemania, salvaron en 1709 el reino por todas partes amenazado, y en una de las situaciones mas miserables, mas calamitosas y desesperadas en que puede encontrarse nación alguna.

Réstanos ver lo que por España ocurrió en la campaña de 1709. La frontera de Portugal había quedado protegida y á cubierto de una invasión, con el triunfo que los españoles, mandados por el marqués de Bay, habían logrado sobre portugueses é ingleses en la batalla que se llamó de la *Gudina*, en las cercanías de Campo-Mayor á las márgenes del Caya. El teatro principal de la guerra estaba en Cataluña. El ejército franco-español era allí superior al de los aliados, pero ya hemos dicho la pugna en que estaban las tropas españolas y

(1) Memorias militares, tom. IX, páginas 117 á 210.

(2) Memorias militares, tom. IX. Campaña de Alemania, páginas 211 á 286.

francesas, hasta el punto de temerse entre ellas sérios choques, y el nombramiento del marqués de Aguilar para general en jefe del ejército no había podido agradar tampoco al mariscal Bezons, y había producido frecuentes disputas entre ellos. Conociendo esta disposición de los ánimos el general enemigo conde de Staremberg, pasó el Segre y atacó á Balaguer. Querían los españoles empeñar una acción, pero Bezons, que por un lado tenía órdenes de estar á la defensiva, y que por otro recelaba no se volvieran las armas españolas mas bien contra los franceses que contra los aliados, retiróse y los abandonó en el momento del combate, teniendo los nuestros el dolor de haber de presenciar la rendición de la plaza y de ver quedar tres batallones prisioneros de guerra (3).

Este revés y las disidencias entre Bezons y el conde de Aguilar, que podían ocasionar muchos otros, desazonaron hondamente á Felipe, que nunca perezoso para ir á campaña, resolvió salir á la ligera para ponerse otra vez al frente de su ejército de Cataluña, con la esperanza de que pondría término á aquellas funestas discordias, y apresuróse á partir de la corte (2 de setiembre, 1709), no sin enviar delante una carta al general Bezons, en que le manifestaba su sorpresa y su disgusto por el comportamiento que recientemente había observado, y le prevenía que tuviera dispuestos para cuando llegara cuarenta batallones y sesenta escuadrones, pues iba resuelto á hacer algo digno de su persona, y á sostener el honor de la Francia y de la España.

Llegó á poco de esto Felipe, conferenció con Bezons y con el conde de Aguilar; pasó revista á todo el ejército, y desde luego dispuso que las tropas francesas se volvieran á Francia con todos sus generales, incluso el mariscal Bezons, á quien por consideración al rey Cristianísimo su abuelo dió el Toison de oro, honra que sintieron mucho los españoles, porque, como dice un escritor de nuestra nación, «merecía que se le quitase la cabeza, pues su idea fué perder á los españoles, y ver si podía ganar á Staremberg para que el duque de Orleans quedase con la corona, aunque fuese solo con la de Aragón, de modo que el rey se volviese á Francia, y el archiduque y el de Orleans divadiesen de la monarquía lo que no se había dado ó cedido á holandeses, Portugal y Saboya.» Agasajó tambien mucho á los demás generales, y solo sintió desprenderse del caballero Dasfeldt, de cuya fidelidad y servicios estaba altamente satisfecho.

Desembarazado el rey de las tropas francesas, trató de atacar á los enemigos en sus líneas, mas los halló tan fortificados y en tan ventajosas posiciones que perdió la esperanza de poderlos desalojar de ellas, contentándose con destacar partidas para cortarles los viveres, privarles de recursos y sacar contribuciones al país. Hecho lo cual, que fué de gran provecho, volvióse á la corte (octubre, 1709), dejando el mando de todo el ejército al conde de Aguilar, hasta que este, viendo que los enemigos acuartelaban sus tropas, y llamado á la corte por los motivos que mas adelante diremos, regresó tambien á ella, dando entonces el rey el mando del ejército de Cataluña al príncipe de Tilly, que era virey de Navarra.

No había perdido entre tanto el tiempo el duque de Noailles, que mandaba el ejército francés del Rosellon. Si en las campañas anteriores había hecho el buen servicio de distraer y divertir por el Ampurdan y la Cerdaña las fuerzas de los aliados, pero sin recobrar plazas ni hacer conquistas, en la de este año (1709), además de haber tomado á los enemigos la no poco importante plaza de Figueras, sorprendió en una ocasión á las puertas de Gerona una respetable columna de los aliados, haciéndola casi toda prisionera, con su general, y con la artillería y bagajes. Y si bien es verdad que cuando el de Noailles se volvió al Rosellon á tomar cuarteles de invierno, no era una superioridad decisiva la que los franceses habían alcanzado sobre el enemigo en el Principado de Cataluña, tambien lo es que en esta campaña universal que se empeñó y sostuvo este año entre las potencias beligerantes, á pesar de la desastrosa situación en que Francia y España se encontraban, los ejércitos de las naciones confederadas, mas

(3) San Felipe, Comentarios.—Belando, Historia civil, tomo I, c. 69.—Feliu de la Peña, Anales ad ann.—Macanaz, Memorias cap. 151.

numerosos y mucho mas provistos de recursos, apenas alcanzaron otros triunfos que los de Flandes, y aun allí no correspondieron á tantos elementos como en su favor tenían; fueron contentidos y aun derrotados en Alemania, obligados á retirarse del Delfinado, y batidos en España.

Lo que había variado poco era la situación de la corte y la índole del gobierno de Madrid, no obstante el nombramiento del ministerio llamado español; porque ni el rey había dejado de escuchar el parecer y los consejos del embajador francés Amelot, ni depositado verdaderamente su confianza en el duque de Medinaceli; y tanto este como Ronquillo y Bedmar se quejaban amargamente de que pesando sobre ellos la responsabilidad oficial de los actos, no eran en realidad los que gobernaban, ni el rey había cumplido sino en apariencia su palabra de encomendar el gobierno á los españoles; y Grimaldo, que parecía ser el único de entre ellos que gozaba de la confianza del rey, era un hombre de carácter demasiado flexible y acomodaticio, y no á propósito para contrariar otras influencias. Para desvanecer estas murmuraciones por lo respectivo á su persona la princesa de los Ursinos, siempre diestra y hábil, volvió á significar su deseo de apartarse de los negocios, pero su verdadera ó fingida resolución fué otra vez detenida ó contrariada por los ruegos de la reina, que para dar satisfacción al partido español hizo abreviar la salida del embajador francés, el cual milagrosamente y con graves riesgos logró escapar del furor popular. Todo esto había acontecido al tiempo de partir el rey para la campaña de Cataluña; mas léjos de encontrar, cuando regresó á la corte, las ventajas de aquellas medidas, halló la administración en peor estado y en mas desórden que antes. Sin conocimientos de la ciencia económica los ministros españoles, indolentes además y perezosos, la administración pública había ido cayendo en una especie de letargo, y la nación había vuelto á su anterior penuria, y á su antigua debilidad. Privado el rey de consejeros hábiles, y sin resolución ó sin medios para remediar los males, dejábase unas veces dominar de la melancolía, y otras para disiparla se entregaba á las distracciones de la corte, ó al entretenimiento de la caza; y el Estado había caído en todos los inconvenientes de una completa inacción política, sin la intervención de la reina y de la princesa de los Ursinos.

CAPITULO VIII

El archiduque en Madrid.—Batalla de Villaviciosa.
—Salida del archiduque de España

DE 1710 Á 1712

Decisión y esfuerzos de los castellanos.—Resuelve el rey salir nuevamente á campaña.—Retirada del conde de Aguilar.—Prision del duque de Medinaceli.—Derrotas de nuestro ejército.—Funesto mando del marqués de Villadarias.—Reemplázale el marqués de Bay.—Terrible derrota del ejército castellano en Zaragoza.—Vuelve el rey á Madrid.—Trasládase á Valladolid con toda la corte.—Entrada del archiduque de Austria en Madrid.—Desdeñoso recibimiento que encuentra.—Su dominación y gobierno.—Saques, profanaciones y sacrilegios que cometen sus tropas.—Indignación de los madrileños.—Cómo asesinaban los soldados ingleses y alemanes.—Hazañas de los guerrilleros Vallejo y Bracamonte.—Carta de los grandes de España á Luis XIV.—El duque de Vendome generalísimo de las tropas españolas.—Rasgo patriótico del conde de Aguilar.—Traslacion de la reina y los consejos á Vitoria.—Viaje del rey á Extremadura.—Admirable formación de un nuevo ejército castellano.—Impide al de los aliados incorporarse con el portugués.—Abandona el archiduque desesperadamente á Madrid.—Retirada de su ejército.—Entrada de Felipe V en Madrid.—Entusiasmo popular.—Va en pos del fugitivo ejército enemigo.—Gloriosa acción de Brihuega.—Cae prisionero el general inglés Stanhope.—Memorable triunfo de las armas de Castilla en Villaviciosa.—Retiranse los confederados á Cataluña.—Triunfos y progresos del marqués de Valdecañas.—Felipe V en Zaragoza.—La fiesta de los Desagravios.—Pierden los aliados la plaza de Gerona.—Apurada situación del general Staremberg.—Muerte del emperador de Alemania.—Es llamado el archiduque Carlos.—Parte de Barcelona.—Paralización de la guerra.—Gobierno que establece Felipe V para el reino de Aragón.—Intrigas en la corte.—Gravísima enfermedad de la reina.—Es llevada á Corella.—Se restablece, y viene la corte á Aranjuez y Madrid.—Situación respectiva de las potencias confederadas relativamente á la cuestión española.—Inteligencias de la reina Ana de Inglaterra con Luis XIV para la paz.—Condiciones preliminares.—Dificultades por parte de España.—Véncelas la princesa de los Ursinos.—Acuérdanse las conferencias de Utrecht.—El archiduque Carlos de Austria es proclamado y coronado emperador de Alemania.

Ni el abandono de la Francia, ni la prolongacion y los aza-

TOMO III

res de la guerra, ni los sacrificios pecuniarios y personales de tantos años, nada bastaba á entibiar el amor de los castellanos á su rey Felipe V. Por el contrario, hicieron con gusto nuevos y muy grandes esfuerzos para la campaña siguiente; las dos Castillas dieron gente para formar veintidos nuevos batallones; las Andalucías y la Mancha suministraron cuantos caballos se necesitaban para la remonta; las tres provincias de Alava, Guipúzcoa y Vizcaya sirvieron con tres regimientos de infantería, cuyo mando se dió á jefes naturales de cada una de ellas; y muchos se ofrecieron á levantar y vestir cuerpos á su costa. Con que además de los veintidos nuevos batallones que se formaron, y se aplicaron como segundos á los batallones viejos, se crearon otros regimientos, entre ellos el de artillería real de dos mil plazas. Animaba á todos la mayor decisión y el mejor espíritu, y no los arredraba haber quedado solos los españoles para mantener la guerra contra ingleses, holandeses, portugueses é imperiales, á quienes daban gran fuerza los rebeldes catalanes, aragoneses y valencianos.

Felizmente la cosecha del año anterior había sido abundante, y se atajó y remedió á tiempo la escasez que iba produciendo la extracción de granos á Francia. Oportunamente arribó tambien á Cádiz la flota de Nueva España, con la rara fortuna de haberse podido salvar de las muchas escuadras enemigas que cruzaban los mares (febrero, 1710), y el dinero que trajo no pudo venir mas á tiempo para emprender las operaciones de la guerra. Con esto el rey declaró su resolución (10 de marzo) de salir otra vez á campaña y mandar sus ejércitos en persona.

Influyó en esta resolución de Felipe la circunstancia siguiente. El conde de Aguilar, que había mandado el ejército de Cataluña, había sido llamado á la corte, como en el anterior capítulo indicamos. Fué el motivo de este llamamiento el poco afecto del conde á la reina y á la princesa de los Ursinos. Era el de Aguilar entendido y hábil cual ningún otro en la formación y organización de los ejércitos, y así, aunque jóven, había tenido el manejo de todo el ministerio de la Guerra. Pero era al propio tiempo ambicioso y altivo. Así cuando la reina le quiso atraer con agasajo y le rogó con cariño que volviera al mando del ejército, exigió primeramente que se le diera la presidencia de las Ordenes que tenía el duque de Veragua, muy querido de la reina, y de quien él era enemigo. Como esto no pudiese lograrlo, pidió que se aumentaran sus rentas y estados con los de la corona, no obstante que poseía ya una renta de 24,000 ducados. Hizole la reina reflexiones sobre las estrecheces y atrasos en que la corona se hallaba, mas como nada bastase á satisfacer al de Aguilar, la reina, sintiendo ya haberse excedido en sus ruegos, le volvió la espalda con enojo, y él determinó retirarse á sus estados de la Rioja. Esta fué una de las causas que mas contribuyeron á que el rey se decidiese esta vez á dirigir personalmente la campaña.

Otro incidente ocurrió á este tiempo, y que hizo gran ruido, y que sin duda debió ser muy disgustoso á los reyes, á saber, la prision del duque de Medinaceli. Este ministro, que tenía todo el manejo del gobierno desde que se formó el consejo de gabinete llamado español, descubrióse estar en correspondencia con los enemigos. El rey le llamó, mostróle algunas de sus cartas, quedóse él turbado, y al salir de la real cámara fué entregado por el secretario del despacho universal Grimaldo al sargento mayor de guardias, que con escolta le condujo al alcázar de Segovia. A consecuencia de cierto clamoreo que se levantó sobre haberse hecho la prision de tan alto personaje sin previa formación de causa, mandó S. M. que se instruyese proceso, y el duque fué trasladado al castillo de Pamplona, donde mas adelante murió. No ignoraba el rey que había otros que como el de Medinaceli mantenían correspondencia con los aliados desde que se vió que los franceses habían salido de España, pero lo disimulaba mas ó menos segun que en ello había ó no peligro, si bien observaba cuanto hacian. Al duque había procurado ganarle con la confianza, dándole hasta para tratar un ajuste particular de paz con ingleses y holandeses, ó con algunos de ellos, y el negocio se comenzó con algun acierto; mas parece que en sus cartas